

IV Domingo de Adviento (19-12-21)
Homilía de Monseñor Carlos Castillo
(Transcripción)

Queridos hermanos y hermanas, esta semana es la semana que nos recuerda que Jesús vino a nosotros como el Hijo de Dios que esperan todos los humanos, hombres y mujeres en el mundo, como un deseo porque Él nos creó a su imagen y siempre lo buscamos, inclusive si no sabemos a quién buscamos. Y en esa búsqueda hay algo importante que es el Señor que viene, porque quiere estar siempre con aquellos que Él creó.

Dios no abandona a su pueblo a pesar de que, inclusive, los profetas digan que por un tiempo nos abandona. Son imágenes que, como creyentes, a veces pensamos que existen porque sufrimos mucho y pensamos que, en ese sufrimiento, Dios abandona, pero somos nosotros los que pensamos así.

Dios es - y así ha sido revelado en el Evangelio - el que siempre está y bendice a la humanidad a pesar de los pecados, errores y dificultades de ésta. Y hoy día, el Señor nos dice que no solamente no nos abandona, sino que preparó entre nosotros un cuerpo. Es un Dios que ha querido superar entre nosotros la idea de que Dios resuelve las cosas mágicamente. Dios, más bien, resuelve las cosas asumiendo la complejidad de nuestros problemas y nuestros avatares, por eso que dice: "Tú no quieres sacrificios ni ofrendas, pero me has preparado un cuerpo. No aceptas holocaustos ni víctimas expiatorias, y entonces, como está escrito en el libro, yo digo: 'Aquí estoy para hacer tu voluntad'". ¿Qué significan estas palabras? Que Él nos va

preparando siempre su presencia que ocurre fundamentalmente en la venida de Jesús, pero que permanentemente nos acompaña en un proceso.

Hoy día voy a bendecir a una pareja que ha ido creciendo poco a poco, que se quiere mucho y es muy fiel, pero tenemos muchas parejas también complejas hoy día en el mundo. ¿Y qué dice el Papa? Hay que acompañarlas, no hay que dejarlas. No dice: “No cumples con los mandamientos de mi religión, entonces eres un tal por cual. ¡Así que fuera!”, como se decía antiguamente por una manera de entender la religión que todavía se nos “pega”, porque nosotros somos cristianos, pero heredamos mucho de las regiones naturales y después se complican las cosas.

Nuestro Dios prepara en medio, inclusive de la adversidad, de la infidelidad y de los problemas, un camino que necesariamente hay que escuchar para comprender y hacer posible las cosas nuevas, por eso es un Dios paciente y misericordioso. Y entonces, por más que nosotros le ofrezcamos sacrificios, holocaustos y hagamos una serie de homenajes, lo importante es no hacer nuestros sacrificios y holocaustos, sino hacer su voluntad. Y para eso hay que discernir y ver en cada situación cuál es tu voluntad, Señor’. Ahora que estamos preparando la Navidad, es muy importante que digamos: “Señor, ¿dónde estás? Te voy a decir el Dios que yo espero, te quiero decir mi esperanza, pero que no se haga mi voluntad sino la tuya”, que es la oración de Jesús, lo decimos en el Padre Nuestro: ‘hágase tu voluntad’. Y eso es lo que nosotros hemos experimentado en muchas navidades que siempre nos vienen sorpresas, así también como las semanas santas, cuando festejamos siempre en medio de problemas.

Y nuestros deseos existen, pero también están los deseos de Dios dentro de nuestros deseos, y el Señor va cambiando nuestras actitudes y nos da sorpresas. Una de esas sorpresas está expresada en el texto del Evangelio de Lucas (1, 39-45), que le llamamos 'La Visitación', pero es curioso porque lo normal sería, dentro de nuestra perspectiva religiosa que, una vez que María está encinta, Isabel sería, podríamos decir, la mujer judía que debía ir inmediatamente -por algún soplo del Espíritu, donde María a felicitarla. Y aquí en cambio, ocurre todo lo contrario, es la Madre del Señor la que va a visitar a Isabel, y la va a visitar, como decía el Papa esta mañana, porque no se quedó "enredada en los problemas que le creaba esta situación de haber asumido a Jesús", después de los problemas que ella le plantea al Ángel, porque María se cuestiona y dice: "¿Cómo va a ser eso si yo no conozco varón?". Al final, al explicarle el Ángel Gabriel cómo era el asunto, en realidad, era el cumplimiento de una gran promesa que se había hecho 6 siglos antes, y eso se empezaba a cumplir en María. Y a ella le sorprende enormemente y acepta que el Espíritu venga y se haga su voluntad: "He aquí la esclava del Señor", responde.

María, dice el Papa, no se quedó problematizada en su casa una vez que salió encinta. Ella se quedó con esa idea de que el Ángel le había dicho que un signo de lo que le está pasando a ella coincide con un signo que se está viendo en Isabel, a quien llamaban estéril, pero ya estaba de 6 o 5 meses de embarazo. Y María no se detiene y lo primero que se le ocurre hacer no es seguir adentrada en el problema que ella tenía, sino, como dice nuestra Carta Pastoral de la Arquidiócesis en el 2020 - y que ustedes lo sugirieron en la asamblea eclesial - María se alzó, se levantó y fue de prisa. ¿Para qué fue de prisa? Para ayudar a Isabel, porque era

viejita, ya estaba “cochita”, ya no había en ella posibilidad de ninguna fecundidad, y a la que llaman estéril, el Señor la hace fecunda.

María no va por curiosa, va porque sabe que, siendo mayor Isabel, puede pasar algo grave, y entonces, va a acompañarla y a servirla. Es interesante porque, es cierto que María, dentro de la tradición hebrea, esperaba las promesas. Israel, después de seis siglos que derrotaron a los reyes y los expulsaron a la base de la sociedad, y no hubo más reyes en la historia; a quienes se les había hecho la gran promesa de que, de esa descendencia de los reyes, vendría un Mesías, un Hijo de Dios, se les borro de la historia, después de que los sacerdotes tomaron el poder en Israel y duraron 6 siglos. Habían desaparecido completamente. Pero, en el pueblo sencillo estaba la esperanza de la promesa de Dios, que también se la hizo Abraham: “En ti serán benditos todos los pueblos de la tierra, sé tú una bendición”.

Esa promesa todavía no se había cumplido cuando, también, se le renovó al rey David, la promesa que de él saldría un vástago que sería el Salvador de Israel. Los pobres de Israel, los que no cuentan, la tenían muy a pecho, mientras que los sacerdotes, ellos se sentían los cumplidores de la promesa, y sin embargo, “caballero pues”, resulta que no eran ellos los que iban a representar la salvación, sino un laico, un laico como los reyes que eran laicos, de la tribu de Judá.

Esto lo digo también para nuestros compañeros sacerdotes aquí presentes, nosotros somos servidores del Pueblo de Dios, para que de ustedes surja quién es la esperanza, así como Jesús es la esperanza. Y Jesús no muere haciendo un sacrificio de un holocausto, Jesús muere como un laico

asesinado, y Él decide no responder con venganza y acepta la Cruz para darnos signos de vida, Jesús muere como un laico que da esperanza a la humanidad, muere como un ser humano como todos ustedes que están aquí presentes, y como nosotros, porque nosotros no podemos ser sacerdotes sin ser laicos bautizados antes.

Laico viene de “laos”, que significa “pueblo”. Y Dios ha querido santificar a su pueblo, y si nosotros estamos aquí es para servirlos. Por eso, quien inicia este camino nuevo es la propia María que, siendo Madre del Señor, se pone al servicio de Isabel, al servicio, podríamos decir, de la laica Isabel, que, a su vez, genera una relación interna bellísima, porque al encontrarse ella siente que el niño se le ha remecido, no solamente ha comenzado a patear, se ha alegrado, el niño Juan. Y por lo tanto, se produce algo así como una fiesta de cantos, llena de alegría, nosotros lo cantamos o lo rezamos en el Ave María; y después María compone, al final, su agradecimiento a Dios a través de El Magnificat.

Es interesante, porque este encuentro sencillo de dos personas pobres, sencillas, marginales está lleno de una fuerza renovadora porque dos personas marginadas han sentido y han vivido, en el corazón de sus propias vidas, la apertura al Señor y el encuentro con un Señor que ellas esperaban pero que aun así las desborda y sorprende, porque las dos son actrices de un acontecimiento al cual van a tener que ofrendar sus vidas, porque tanto a Juan como a Jesús los mataron. Pero ellas son las compañeras del camino de aquellos que sufren y especialmente de aquellos que están destinados a ayudar a los que sufren.

Por eso, hermanos y hermanas, nuestra alegría está llamada a ser inmensa y tenemos que preguntarnos: ¿Qué espero

yo? Así como esperó Isabel y como esperó María. Y si nosotros estamos dispuestos a definir un poco lo que esperamos nosotros, esperemos también la sorpresa de cómo se aparece el Señor en nuestras vidas en estas circunstancias donde vivimos hoy día.

Hoy día también tenemos esperanzas, porque también hemos tenido muchas desesperanzas y desesperaciones, pero estamos esperando que podamos resolver nuestros problemas de distinto tipo, unos más personales, otros más familiares, otros más de ciudad y también de todo el Perú. Y para eso, la mejor disposición, es decir: “Señor, esperamos que en este país haya estabilidad, que haya progreso, que todos podamos tener trabajo, que nuestra gente pueda comer, que se supere esta Pandemia terrible”. Son nuestras esperanzas reales, pero siempre Tú di tu Palabra, inspíranos y que nos venga lo que Tú quieras, porque sabemos que va a ser lo mejor.

Esta apertura a lo nuevo, ayuda a que todos nosotros no parametremos al Señor según nuestras categorías. La actitud de una “religión niña” es: “Tú tienes que hacer lo que yo quiero, y si no haces lo que yo quiero, ya no creo en ti. ¡No te prendo velitas! ¡No doy limosna! ¡No voy a misa! Porque si voy a misa es para que me cumplas lo que yo quiero”. Entonces, esto es la “religión de los caprichosos” que quieren que el Señor funcione siempre según sus categorías. Y el Señor siempre, digamos, nos da sorpresas, nos deja medios aturdidos, porque Él va por su camino.

Esta visitación, el encuentro entre María e Isabel, es importante, porque el Señor nos presenta siempre que sus caminos no son nuestros caminos, por eso la sorpresa de Isabel: “¡Cómo la madre de mi Señor puede venir a mí! La madre del Rey viene aquí ¡Cuándo se ha visto eso! Que los

grandes se inclinen de esta manera”. Y esa es la novedad de nuestro Dios, no procede según nuestras categorías, según nuestras costumbres, según lo que ya está dicho que es y que debe ser; siempre nos reserva la capacidad de ir por sus caminos para que nuestra aventura humana sea una aventura interesante y linda.

Dios sabe por dónde nos conduce. Ciertamente, siempre será un misterio y no podremos abarcarlo completamente, pero lo más importante es la dinámica interna, tanto personal como social, de estar abiertos a los caminos nuevos que hemos de seguir y que implica una cosa fundamental: estar dispuestos a la renuncia a nuestros propios intereses para que el interés de Dios, que en realidad es promesa, se pueda cumplir.

Vamos a pedirle al Señor que, así como María supo esperar y aceptar la enorme sorpresa de ser la Madre del Señor, e Isabel, que aceptó ser la madre del precursor y se sorprende de la novedad de nuestro Dios, también nosotros estemos abiertos a esas novedades.

Por eso, ahora quiero que, en la novedad que significó para Dino y para Rosario, a los cuales casé hace 29 años, hoy día me han venido a visitar y no quiero dejar pasar la oportunidad de decirles a ustedes, a través de ellos, que déjense sorprender del uno del otro, porque eso permite abrir nuevos caminos de amistad y durar mucho tiempo.